

Giosuè Calaciura

LOS NIÑOS DEL BORGO VECCHIO

PERIFÉRICA



LOS NIÑOS DEL BORGHO VECCHIO

GIOSUÈ CALACIURA

TRADUCCIÓN DE NATALIA ZARCO

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2019
TÍTULO ORIGINAL: *Borgo Vecchio*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

Este libro se ha publicado con una subvención a la traducción concedida por el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano.

-

Questo libro è stato tradotto grazie ad un contributo per la traduzione assegnato dal Ministero degli Affari Esteri italiano.

© 2018 Sellerio Editore, Palermo
Publicado gracias a un acuerdo especial entre Sellerio Editore y The Ella Sher Literary Agency
© de la traducción, Natalia Zarco, 2019
La traductora quiere agradecer a Julián Rodríguez su extraordinaria generosidad y cálido apoyo.
© de esta edición, Editorial Periférica, 2019
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18264-07-8

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

MIMMO

Se llamaba Domenico, pero no lo sabía. Siempre lo habían llamado Mimmo. Nació un primer domingo de septiembre y salió de su madre en un parto de nalgas. Caía una sutil llovizna que lo empapaba todo, y flotaba una neblina con aroma a bosque nunca vista en aquel lugar. La niebla habitual se quedaba a sotavento y tenía la densa consistencia de las humaredas de las rosticerías a pie de calle que el viento que soplabá del mar arrastraba en danzarines remolinos, llevando el olor de la carne al interior de las casas de quienes nunca comían carne. Aquello los alegraba y los atormentaba al mismo tiempo. En cambio, el día que nació Mimmo la niebla tenía una apariencia de cuento. Así se lo había contado su madre.

La matrona, al salir del parto, le dijo al padre, Giovanni, que el niño había nacido cianótico pues traía una vuelta de cordón umbilical al cuello, pero que quizá se salvaría. Era necesario trasladarlo al hospital infantil para comprobar si el cerebro había sufrido *insulti*[1]. Su padre no entendió bien lo que quisieron decirle y se ofendió un poco. Mientras los trasladaban en un coche, porque la ambulancia estaba averiada, su padre le confesó al padrino Saverio que el niño era ya un *tocacojones*.

Ingresaron a Mimmo durante una semana. Aquellos días, sin saber si sobreviviría, con intención de atraer buen augurio, fueron a inscribirlo a la oficina del registro. Cuando el empleado preguntó cómo querían llamarlo, el padre respondió: «Mimmo». «Felicidades a Domenico», insistió el empleado. «Pero ¡qué Domenico!», dijo el padre alzando la voz. «He dicho Mimmo.» El empleado no añadió nada más.

Bajó la vista y estampó el sello. Su padre no sabía que Mimmo es el diminutivo de Domenico.

Los médicos aseguraron que su cerebro había salido indemne. Pero cuando Mimmo fue mayor, su padre en vez de decirle «tonto» le decía que su cerebro había sufrido *insulti* al nacer. Giovanni tenía una charcutería en el barrio. Engañaba a los clientes con el peso de la mortadela porque, gracias a la pericia del padrino Saverio, había conseguido trucar la balanza. Trabajaron durante un domingo entero, con las persianas bajadas para que nadie los viera, desmontando los precintos de garantía, aflojando los tornillos de seguridad y ocultando cualquier signo de su intervención a fin de que en las verificaciones de los inspectores no lo descubrieran. A cambio, Giovanni contaba con el padrino para algunos otros asuntos al margen de la charcutería.

De cada cien gramos de mortadela, diez se los quedaba Giovanni. Estafaba a los clientes, sobre todo a los que estaban de paso. Los necesitados del barrio, que esperaban al domingo para saborear la *niebla* de la carne asada, sabían pesar con los ojos. Fallaban en dos gramos, ni uno más. Nunca por defecto, siempre por exceso a causa del hambre. El mejor de todos era el padre de Cristofaro, el amigo de Mimmo, compañero de escuela y cómplice de fugas. El padre de Cristofaro adivinaba el peso al gramo, ni medio de más ni medio de menos. Exacto. El padre de Cristofaro pasaba el día bebiendo cerveza en la casa que hacía esquina con la bajada al mar. Giovanni decía que no se explicaba cómo estaba así de flaco. Una caja de cervezas al día, quince botellas, tres monedas. Sólo que, en vez de engordar por el azúcar fermentado, adelgazaba. Tenía los nudillos tan duros y crueles que era capaz de partir nueces y almendras con el puño.

En el Borgo Vecchio se sabía que Cristofaro lloraba todas las noches la cerveza de su padre. Después de cenar, sentados frente al televisor, los vecinos escuchaban sus gritos por encima del rumor del barrio. Bajaban el volumen y escuchaban. Por sus gritos se podía adivinar dónde lo gol-

peaba, puñetazos secos y precisos. Y también patadas, pero nunca en la cara. El padre de Cristofaro mantenía el honor de su hijo: nadie debía ver la ofensa de los moratones.

Se aplacaba cuando caía la noche. Para Cristofaro la cerveza era una desgracia, aunque también su salvación. Le doblaba las piernas a su padre un segundo antes de que lo matase. Quedaba flotando sobre el Borgo Vecchio un lamento de perro enfermo. Se confundía con el aullido del ferry cuando soltaba amarras hacia el continente. Y en el barrio, el llanto de Cristofaro enmudecía. Se quedaba atrapado en el sonido lejano de la sirena, que se empapaba de mar y poco a poco anegaba la noche. Entonces, los vecinos imaginaban a la gente que paseaba por la cubierta mientras el vapor surcaba las aguas y reflexionaban sobre el misterio de la flotación. Sólo un par de veces, el rumor de aquella fantasía fue rasgado por otra sirena, la de la ambulancia que acudía para llevarse a Cristofaro. En una ocasión fue por un brazo roto. No fue a la escuela durante una semana. Se ha caído por la escalera, explicó la madre a los profesores. Mientras les contaba la enésima mentira, le miraban las uñas esmaltadas, la permanente vaporosa, la afectada pulsera en la muñeca, el espeso maquillaje en el rostro para ocultar la herida de su impotencia y del miedo. Y, cuando terminó, al marcharse, vieron que uno de los tacones de sus zapatos estaba roto y que ella intentaba caminar supliendo esa ausencia sin que se notase la cojera.

El padre de Cristofaro juró y perjuró que repararía la escalera del edificio de su bolsillo porque nadie de la comunidad quería pagar. Amenazó incluso con denuncias. Lo dejaron hablar y hablar, pues todos sabían que, a Cristofaro, el brazo se lo había roto él.

En otra ocasión, la ambulancia fue a recoger a Cristofaro porque su padre falló el golpe. Había cogido un cuchillo de cocina y le había rajado la mejilla desde el ojo al mentón. Salió impune. Nadie supo nunca qué le contó a los médicos. Cristofaro tuvo que confirmarlo todo. Sabía de sobra que su padre un día lo mataría.

Giovanni hizo una apuesta con su primo, quien no creía en los milagros del Borgo Vecchio ni en la facultad de adivinar el peso a simple vista. El primo vivía en Hamburgo y cada verano iba a compartir la pestilencia, el calor y el hedor a cloaca del barrio con los familiares residentes. La distancia y la realidad del trabajo lo habían convertido en un escéptico. «Para saber el peso hace falta una balanza», le dijo a Giovanni. Trescientos billetes por cabeza, el que gane se lo lleva todo. Las apuestas de su padre eran siempre apuestas serias. Incluso cuando golpeaba, golpeaba en serio. Aquélla era la apuesta: si el padre de Cristofaro adivinaba el peso, Giovanni ganaba. Si no, sus trescientos billetes partirían hacia Alemania. Su primo hablaba en alemán, pero si algo no lo convencía del todo sabía hacerse entender.

Cuando llegó el padre de Cristofaro para la apuesta, el primo lo observó en silencio, dio una vuelta a su alrededor y luego cerró los ojos y alzó el mentón. «*Mai Maria*», masculló. Quiso decir que no era posible adivinar a ojo el peso al gramo. Ni de la mortadela ni de cualquier otra cosa. Y también: «Si acierta una vez, puede ser suerte. Si acierta tres veces es que adivina». Giovanni miró al padre de Cristofaro. Vio sus ojos sedientos, las manos rojas heridas por las palizas a Cristofaro, percibió el nefasto olor de los eructos que venían de la profundidad de su estómago como un reclamo, una orden. Advirtió su urgencia por embriagarse. «Está bien», respondió.

Decidieron que la balanza debía ser de un tercero. No por desconfianza, dijo el primo, «pero esta partida debe jugarse en terreno neutral». Se presentaron en la ferretería para utilizar una balanza honesta. Pesaba los clavos usando unas piezas de cemento armado de las canteras de las compañías de construcción a modo de pesas. Con eso no se podía bromear.

Cuando Giovanni le puso en la mano la primera loncha de mortadela, los ojos ansiosos del padre de Cristofaro brillaban. El pacto era que si lo adivinaba se llevaba a casa la mortadela y dos cajas de cerveza. Ciento siete, ciento nue-

ve y ciento tres. Así respondió por tres veces el padre de Cristofaro y por tres veces la balanza le dio la razón. El primo de Giovanni dijo «joder», y después ya sólo habló en alemán. Pero todos intuyeron que estaba maldiciendo en su lengua. Y se sorprendieron de lo parecido al suyo que era el rencor extranjero. En alemán contó uno por uno los trescientos billetes de la apuesta tirándolos sobre el mostrador. Durante el resto de las vacaciones en el barrio, no volvió a pronunciar ni una sola palabra en dialecto.

El padre de Cristofaro no esperó más felicitaciones, metió la mortadela en un bote para clavos, se cargó la cerveza al hombro y se fue a casa. Aquella noche Cristofaro sólo gritó una vez. Los golpes fueron tan rabiosos que lo dejaron sin aliento incluso para llorar. Los vecinos del barrio, que esperaban la señal de los aullidos de Cristofaro, al no recibir ninguna otra manifestación sonora y puesto que, además, la sirena del ferry había sonado antes de lo habitual, se preguntaban si su padre habría matado a Cristofaro o si, por el contrario, se habría quedado dormido harto de cerveza. Y, sin respuesta alguna, empezaron a fabular sobre el misterio del silencio.

Al día siguiente, en la escuela, Cristofaro tenía los labios pálidos. «¿Te encuentras mal?», le preguntó la profesora. «La diarrea», respondió Cristofaro. Después pidió permiso para ir al baño. Al levantarse y empezar a caminar, doblado sobre sí mismo, sujetándose el estómago con las manos, la profesora ordenó a Mimmo que lo acompañase al servicio.

Cristofaro escupía sangre en el lavabo. «Voy a llamar a la profesora», musitó Mimmo. Cristofaro lo detuvo con la mano. Cuando consiguió hablar le dijo: «Calla». Después, volvieron juntos a clase. Poco a poco los labios de Cristofaro recuperaron su color y no ocurrió nada más. A Mimmo, en cambio, le parecía que se dormía, puesto que tenía los ojos cerrados, y sin que lo escuchara la profesora, lo llamó: «Cristofaro...». El muchacho abrió los ojos y le sonrió. Mimmo vio en aquellos ojos la muerte por primera vez.

Cristofaro no murió. Mimmo, a la salida de clase, lo acompañó hasta el portal. Mientras cruzaban el barrio, descubrieron las miradas curiosas y faltas de piedad de los que todavía buscaban una respuesta para aquel único grito nocturno del niño, y también las de quienes bajaban la vista sintiéndose culpables sin saber por qué, así como las de aquellos que asentían con la cabeza aterrados de su propia clarividencia; algunas mujeres habrían deseado abrazar a Cristofaro como a un hijo, pero se ocultaban tras sus puertas y, sintiéndose observadas, se volvían a meter en casa; y hubo también quienes comentaron para sus adentros el resultado de la noche y si, por una parte, estaban seguros del luto inminente, por otra, se preguntaban qué diversión le quedaría entonces al padre si Cristofaro muriese. Pero aquella noche no hubo gritos ni llantos. Cristofaro se acostó temprano porque no se sentía capaz de afrontar el resto del día, y se durmió. Su padre entró en la habitación. Miró indeciso a Cristofaro, dormido. Después cerró la puerta. Sin decir una palabra, a la mañana siguiente, su mujer le enseñó las sábanas de Cristofaro. Estaban manchadas de sangre. Su padre le concedió algunos días de tregua.

NANÀ

Cuando el padre de Mimmo llegó con Nanà al Borgo Vecchio, todos estaban asomados a las ventanas. Giovanni había llamado con la orden de que lo esperasen en el balcón. Y que lo dijeran también a los vecinos: «¡Viene Giovanni con una sorpresa!». Era un sábado de septiembre, el día previo al cumpleaños de Mimmo. Mimmo pensó: «Ya viene mi padre con el regalo». Sin embargo, Giovanni se presentó en la plaza del barrio con un caballo. Lo llevaba por el bocado, y el animal lo seguía con resignación. Junto con el padrino Saverio lo hizo desfilarse por la plaza, desierta porque eran las tres de la tarde. Todos, desde los balcones, le preguntaba que cómo que un caballo, señú Giovanni, y cómo se llama, y cuántos años tiene, señú Giovanni. Y Giovanni respondía sin mirarlos. Sólo tenía ojos para Nanà, como se llamaba el caballo. Había participado en las carreras clandestinas en el circuito del mar, detrás del promontorio, contaba Giovanni, y las había ganado todas. Es un campeón, decía, pero a todos les pareció un caballo de tiro. Es un gran campeón, repetía el padrino Saverio, con un mes de entrenamiento y buena comida volverá a correr como antes. «¡Mucho más que antes!», añadía Giovanni guiñando un ojo al padrino Saverio. Desde los balcones, los más curiosos no alcanzaban a escuchar la conversación y empezaron a bajar a la plaza. Si alguien intentaba acercarse al caballo para acariciarlo, Giovanni se lo impedía: «Atención - decía-, que éste da coces», y el padrino Saverio contaba cómo Nanà le había roto las piernas a un guardia que le había pedido la documentación al conductor de la carreta.

«También es muy inteligente -confirmaba Giovanni-, le ha partido las piernas a un guardia», y todos se reían.

La historia se iba completando por partes, pues Giovanni a uno le contaba que Nanà en su última carrera en el hipódromo había sufrido una caída, y pensaban que se había partido una pata y que lo iban matar para venderlo a la carnicería de Porta Nuova, y, por su parte, el padrino Saverio continuaba el relato contándole a otro que la pata no estaba rota, pero que nadie se había dado cuenta. Había sido sólo una lesión. No lo mataron porque lo utilizaron para sustituir a un caballo de tiro que había muerto de agotamiento. Incluso Mimmo bajó a escuchar las historias de su padre y de Saverio. En la plaza también estaba Cristofaro, que hacía tiempo antes de volver a casa para la paliza de la tarde. «En un mes, a lo sumo dos, Nanà correrá de nuevo», aseguraba su padre. «Y vencerá», apostillaba el padrino Saverio. Su padre quería empezar a apostar enseguida, pero el padrino Saverio lo retenía: «Esperemos a que se recupere y luego apostamos». Entretanto, lo hospedaron en el almacén de la charcutería. Su padre había alquilado uno nuevo en vista de que los *trapicheos con la báscula* daban su fruto. En el viejo, instaló el establo.

Mimmo y Cristofaro se miraron. No era la primera vez que veían a Nanà. Lo habían reconocido rápido por los ojos azules y el manto gris. Tenía las pestañas rubias y la mirada del animal que habla. Era el caballo que los había llevado de vuelta a casa un día a finales de agosto.

Habían ido al mar, a la playa, con unas monedas que Cristofaro había sustraído de la cartera de su padre. Cuando se las enseñó a Mimmo, éste se preocupó. «Esta vez tu padre te mata», le dijo. Cristofaro no contestó: de todas formas su padre lo iba a matar.

Cogieron el autobús y fingieron estar contentos. Atravesaron la ciudad desierta en vacaciones y cuando cruzaban el parque se asomaron a las ventanillas. Se sentían adultos. Mirando los árboles les entró cierta melancolía que no supieron explicar. Quizá fuera todo aquel verde que no tenía

estaciones y que no envejecía, quizá fueran las mujeres negras que se vendían a lo largo de la carretera y que para bromear le guiñaban el ojo a Mimmo, y él les respondía saludando con la mano. Quizá fuera sólo el final del verano, y que advertían que el tiempo pasaba como la curación de una enfermedad.

Mientras el autobús discurría hacia el mar, repararon en la bolsa de una turista. No estaba cerrada y dejaba a la vista el monedero como si fuera una invitación. Habría sido fácil. Lo habían hecho alguna vez para comprarse aquellos sobres sorpresa del quiosco, para comprarse la merienda por las tardes cuando el padre le negaba la calderilla a Mimmo. Mimmo hizo por acercarse a la bolsa, pero Cristofaro le puso una mano en el hombro. «Déjalo», le susurró. Después de aquella renuncia se sintieron más viejos. Antes de llegar a la parada, Mimmo avisó a la turista de que tuviera cuidado con los carteristas, pero ella no lo entendió. Mientras descendían del autobús, le hizo un gesto rápido con los dedos indicando el monedero: ella lo agradeció, pero Mimmo no entendió nada porque hablaba en otra lengua.

No se bañaron de inmediato. Estuvieron un rato en la arena contemplando la caída de la tarde. Veían las nubes de septiembre, que se hacían más densas en el horizonte al ritmo de la naturaleza; y el cielo, que perdía el color para dejar sitio a la noche. Cuando se metieron en el agua, el aire era ya fresco y salieron del mar corriendo. Se tumbaron en la orilla. Mimmo miró los cardenales, las cicatrices, en el cuerpo de Cristofaro. Algunas eran de un rojo encendido, las de la tarde anterior. También los bañistas miraban los moratones de Cristofaro y los comentaban entre ellos. Uno incluso tuvo el valor de acercarse y preguntarle a Cristofaro cómo se había hecho aquello. «En una pelea con curiosos», desafió Cristofaro. Cuando el tipo se alejó, Mimmo le preguntó a Cristofaro: «¿Cómo podemos matar a tu padre?». «Hay que dispararle en la cabeza», respondió Cristofaro. Y le contó que Totò el ratero tenía una pistola. Para los atracos. La sacaba sólo para asustar a las víctimas. Al ver el ar-

ma, comprendían que era mejor no resistirse. Mimmo conocía a Totò. «Pide doscientos billetes por dispararle a alguien. Trescientos si el disparo es en la cabeza», dijo Cristofaro, que estaba bien informado. Le explicó a Mimmo que, si se dispara a alguien mirando el corazón, se corre el riesgo de no matarlo. Entonces puede que reconozca a quien le ha disparado y quizá haya lío. Por eso Totò siempre pide trescientos billetes. Comentaron largo y tendido cómo pagarle a Totò. En su imaginación intentaban juntar los trescientos billetes, calcularon cómo ahorrar algunas monedas de las máquinas de videojuegos, de la cuota para el campamento de fútbol, de la gaseosa a la hora del recreo. Se arrepintieron de no haber robado el monedero del autobús. Pensaron que ya habría otras ocasiones. Pero sabían que la gente era ahorradora y cauta. Y en los últimos monederos sólo habían encontrado cuatro duros que no daban ni para un sobre sorpresa. Recordaron la leyenda de los viajeros de autobús que en el bolsillo de la chaqueta llevaban billeteros de broma llenos de papel de periódico recortado como si fueran billetes y, en el monedero, botones viejos. Cuando creían divisar a un carterista, se ponían a su lado dejando bien a la vista la cartera falsa. Alargaban el brazo fingiendo estar distraídos, cerrando los ojos para parecer adormilados, sugiriendo cuán fácil e indefensa se mostraba la presa. Y dejaban que la mano del caco se metiera suave bajo la chaqueta, que les rebuscase entre la ropa en un rastro íntimo que la víctima advertía primero por un lado, luego por el otro, intentando alcanzar el bolsillo del tesoro. Y cuando el carterista, con el rostro enardecido porque había sopesado el botín, se bajaba apresurado en la primera parada, el que había sido robado despertaba de su somnolencia y desde la ventanilla mostraba una enorme sonrisa de mofa que aquel otro, alejándose, contemplaba sin entender. Lo comprendería todo demasiado tarde.

Mimmo le dijo a Cristofaro que a lo mejor Totò el ratero podía prestarles la pistola. Quizá alquilarla. «Lo hacemos nosotros, se la pedimos sólo el tiempo que tardemos en

matar a tu padre y luego se la devolvemos a Totò.» Imposible, respondió Cristofaro: «Totò su pistola no se la presta a nadie». A su lado, un grupo de chavales decidió darse un baño. Dejaron los zapatos y la ropa a dos pasos de ellos. Con la última luz de la tarde relucían un par de zapatillas de fútbol, doradas. Tenían tacos de goma y la firma estampada de un famoso jugador brasileño, el favorito de Cristofaro. En el campo, cada vez que jugaba, se hacía llamar como él. Y, al igual que habían visto en la televisión, los demás jugadores le lustraban las zapatillas después de cada gol. Cristofaro recogió su ropa y le dijo a Mimmo que era hora de irse. Mimmo no comprendía; pero, apenas Cristofaro se hizo con las zapatillas de oro, también él echó a correr. Corrían por la playa todavía mojados, descalzos, con la ropa en la mano. Cada poco perdían una camiseta, los pantalones los obligaron a detenerse y recogerlos. Corrían y miraban atrás para ver si alguien se había percatado del hurto, corrían y reían porque no habían robado nunca un par de zapatos. Cuando llegaron a la calle, se vistieron. Cristofaro ocultó las zapatillas doradas bajo la camiseta y se apresuraron hacia la parada del autobús de vuelta.

En la primera parada subieron tres chicos. Se sentaron frente a ellos. Iban en silencio, mirando hacia fuera por encima de sus cabezas. El del centro iba descalzo. Tenía los ojos rojos de llorar. Un niño. Cada poco soltaba un suspiro y unas lágrimas. Agitaba los dedos de los pies como buscando sus zapatillas. Llegaba a convencerse de que las llevaba puestas todavía, después bajaba la vista a sus pies y reanudaba el llanto. Cristofaro lo miraba. El autobús acababa de entrar en la ciudad. Cristofaro hizo un gesto a Mimmo. Se levantaron juntos y se bajaron del vehículo. Cristofaro no soportaba aquel llanto. Incluso consirió sacar de debajo de la camiseta las zapatillas y devolvérselas al niño. Por eso mismo se bajó del autobús.

Estaban todavía muy lejos de casa. Siguieron a pie por una larga avenida de grandes edificios. Las ventanas empezaban a iluminarse, pues ya era casi de noche. Cada tanto

volvían la cabeza para ver si se acercaba otro autobús. Pero la avenida se perdía en la enorme cuesta, hasta el mar, vacía. Se distinguía, solitaria, una carroza que se acercaba al paso lento del retorno. Era la carroza de Nanà. Mimmo se plantó delante y le preguntó al cochero en qué dirección iba. El cochero le indicó con la mano que iba recto y lejos. Mimmo le preguntó si los llevaba, pero el hombre no respondió y los dejó atrás. Al poco vieron su mano, que los invitaba a subir. Así, por primera vez, Mimmo y Cristofaro viajaron en una carroza. Se sentían como turistas y miraron la ciudad como si no la hubieran visto nunca antes.

Atravesaron la periferia y los jardines de cítricos, que ya prometían frutos y exhalaban su perfume nocturno; admiraron las escalinatas de toba, que parecían conchas protegiendo animales petrificados para siempre; se asombraron de la quietud de las persianas bajadas y de la calma de las afueras. Y mientras Nanà trotaba con el niní naná de sus cascos, Mimmo y Cristofaro cerraron los ojos y se adormilaron. No vieron la ciudad también dormida, que los soñaba pasar; ni al viejo en el balcón que, a la espera de sentarse a la mesa, los miró como si fueran el presagio de una carroza fúnebre y que, cuando la mujer lo llamó, porque ya era hora, pensó en la última cena. No vieron los semáforos de finales de agosto absortos en la intermitencia del ámbar, absolutamente liberados del tráfico y de los afanes; no vieron la iglesia de la misa vespertina donde se habían refugiado los pensionistas que huían del telediario nocturno a todo volumen porque ninguna noticia valía la pena. Y, cuando el cochero, abismado en aquel silencio, se volvió para romperlo con la pregunta de dónde querían bajarse, los vio como no los habían visto siquiera sus madres: abandonados; casi recién nacidos, pese a los signos de esa adolescencia tan imparable como el otoño; los vio solos en el mundo y pasto del capricho de Dios y de la violencia sin remedio de la naturaleza; sus perfiles privados de ternura, capturados en el sueño sin misterio de los niños del Borgo Vecchio. Y se reconoció en los rasgos idénticos de sus rostros, en la